

de estos tiranos y no de los luqueses. Esta empresa le desagradaría menos si fuera posible hacer la guerra al tirano sin hacerla á los ciudadanos; pero no siéndolo, no podía consentir que una ciudad, siempre amiga de Florencia, fuera despojada de sus derechos. Y puesto que se vivía en tiempos en que apeuas era tenida en cuenta la justicia ó injusticia de las causas, prescindiendo de este aspecto de la cuestión, trataría sólo de la utilidad de la empresa. En su opinión, debía llamarse útil lo que no produjera fácilmente perjuicio; pero no comprendía que alguien considerara útil una empresa en la que los daños eran seguros y las utilidades dudosas. Daños seguros eran los gastos que ocasionara la conquista capaces de atemorizar á una república en larga paz, y que con más motivo debieran amedrentar á Florencia, salida apenas de larga y ruinosa guerra. La utilidad posible era la conquista de Luca, sin duda importante; pero debían tenerse en cuenta las dificultades, tantas y tan grandes en su opinión, que consideraba irrealizable la empresa.

No cabía esperar que á los venecianos y al Duque de Milán satisficiera esta conquista, pues aquéllos aparentaban consentir en ella por no mostrarse ingratos, habían adquirido tanto poder, y al Duque agradaría sin duda que los florentinos se empeñaran en nueva guerra y nuevos gastos, porque, fatigados y arruinados por completo, podría atacarles con más ventaja. Además, no había de faltarle medio durante la guerra, cuando mayor fuera la esperanza de victoria, de socorrer á los luqueses ú ocultamente con dinero ó licenciando sus tropas y haciéndolas pasar, como aventureros, al servicio de Luca. Aconsejaba, pues, renunciar á la empresa y procurar al

tirano el mayor número de enemigos entre sus conciudadanos. Mejor que sojuzgar á Luca, era dejarla que, bajo el poder del tirano, se debilitase y, observando una política hábil, se pondría aquella ciudad en el caso de que, ó por no poder sostenerse el tirano, ó por no saber gobernarse los ciudadanos, por necesidad se entregara á los florentinos. Veía, sin embargo, los ánimos dispuestos á la guerra y que sus palabras no eran escuchadas; pero les pronosticaba que la guerra sería costosa y llena de peligros; que en vez de apoderarse de Luca la librerían de su tirano, y que, de una ciudad amiga, sojuzgada y débil, harían una ciudad libre y enemiga de Florencia, la cual sería con el tiempo un obstáculo á la grandeza de esta República.

XX. Después de hablar mucho en pro y en contra de la empresa, se llegó á la votación secreta, según costumbre, y sólo votaron en contra noventa y ocho. Tomada, pues, esta determinacion, y nombrados los Diez para dirigir la guerra, asoldaron tropas de á pie y de á caballo. Astorre Gianni y maese Rinaldo de Albizzi fueron nombrados Comisarios, y estipularon con Nicolás Fortebraccio que les cediera las poblaciones conquistadas y continuara la campaña como soldado de Florencia.

Al llegar los Comisarios al territorio de Luca con el ejército, dividieron éste, bajando Astorre al llano hacia Camajore y Pietrasanta, y dirigiéndose maese Rinaldo hacia los montes. Creían que, quitando á los luqueses su territorio, con facilidad se apoderarían después de Luca.

Ambos fueron desgraciados en estas expediciones, no porque dejaran de ocupar muchas plazas, sino por su conducta en la dirección de la guerra, que fué duramente censurada. En verdad Astorre Gianni dió motivo evidente

para ello por lo que hizo en Seravezza. Es este un valle próximo á Pietrasanta, rico y muy poblado, cuyos habitantes, al saber la venida del Comisario, salieron á su encuentro y le rogaron les aceptara como fieles servidores del pueblo florentino. Fingió Astorre que admitía la oferta, y después hizo ocupar á sus soldados todos los pasos y sitios fuertes del valle, y reunir los hombres en la principal de las iglesias, donde á todos les prendió, ordenando á las tropas saquear y destruir toda la comarca con tal crueldad y avaricia, que ni respetaron lugares sagrados, ni el honor de las mujeres, casadas ó solteras.

Cuando estos atropellos se supieron en Florencia no indignaron sólo á los magistrados, sino á toda la ciudad.

XXI. Algunos seravezzeses que huyeron de manos del Comisario, llegaron á Florencia, y por todas las calles y á todo el mundo contaban su infortunio; por lo cual, animándoles muchos, y deseosos que el Comisario fuera castigado ó como hombre malvado ó como enemigo del partido güelfo, presentáronse á los Diez y pidieron ser oídos. Entrados en el Palacio, uno de ellos se expresó en estos términos:

«Seguros estamos, magníficos Señores, de que nuestras palabras os persuadirán y conmoverán al saber cómo vuestro Comisario ha ocupado nuestra tierra, y cómo después hemos sido tratados. Nuestro valle, según vuestros anales pueden demostrarlo, fué siempre güelfo y en muchas ocasiones seguro refugio para vuestros conciudadanos que, perseguidos por los gibelinos, acudían á él. Nuestros antepasados y nosotros hemos acatado siempre el nombre de esta ínclita República, cabeza y sostén de aquel partido.

»Mientras los luqueses fueron güelfos, voluntariamente respetamos su dominación; pero desde que se sujetaron á un tirano que, abandonando á sus antiguos amigos, siguió el bando gibelino, les obedecemos más por fuerza que por voluntad, y Dios sabe cuántas veces le hemos rogado que nos diera ocasión para mostrar nuestras opiniones favorables al antiguo partido. ¡Cuán ciegos son los hombres en sus deseos! Lo que para nuestra salud queríamos ha sido nuestra ruina, porque, al saber que nuestros partidarios se acercaban á nosotros, no como enemigos sino como antiguos Señores nuestros, salimos al encuentro de vuestro Comisario y pusimos el valle, nuestras fortunas y nuestras personas en sus manos, fiando en él y creyendo que tendría alma, si no de florentino, de hombre.

»Perdonen Vuestras Señorías nuestras palabras, que el no poder sufrir más de lo que hemos sufrido nos permite hablar sin temor. Vuestro Comisario sólo tiene de hombre la figura, y de florentino sólo el nombre. Es una peste mortífera, una fiera cruel, un mónstruo horrendo, mayor que escritor alguno pudo imaginarlo, porque encerrándonos en nuestra iglesia bajo pretexto de querer hablarnos, nos prendió, y asoló y arruinó todo el valle; las personas y los bienes fueron robados, despojados, saqueados, apaleados y muertos, las mujeres violadas, arrancando nuestras hijas de los brazos de sus madres y entregándolas á la lubricidad de los soldados.

»Si por alguna injuria al pueblo florentino ó al Comisario mereciéramos tantos males, ó si nos cogieran armados y defendiéndonos, nos doleríamos menos, acusándonos de haberlos merecido, ó por nuestras ofensas ó por nuestra arrogancia; pero nos autoriza á quejarnos

con amargura el que, después de entregarnos voluntariamente desarmados se nos haya despojado y robado con tanta infamia é ignominia.

»Hemos podido hacer que resuenen nuestras quejas en Lombardía; hacer que nuestras ofensas, con deshonor de Florencia, se publiquen en toda Italia; pero no queremos, por no deshonorar una República tan virtuosa y digna, con la deshonor y crueldad de un malvado hijo suyo. De haber conocido su avaricia antes de nuestra ruina, hubiéramos procurado satisfacerla, aunque no tiene fondo ni medida, y por esta vía, con parte de nuestros bienes, acaso hubiésemos salvado el resto. Pero no siendo ya tiempo de hacerlo, recurrimos á vosotros para rogaros socorráis la desdicha de vuestros súbditos, para que nuestro ejemplo no asuste y retraiga á los demás de someterse á vuestro imperio.

»Aunque no os muevan nuestros infinitos males, os moverá el temor á la ira de Dios, que ha visto sus templos saqueados y quemados, y dentro de ellos á nuestro pueblo víctima de la traición.»

Dicho esto se arrojaron á tierra gritando y rogando que les devolvieran sus bienes y su patria, y restituyesen al menos (puesto que el honor no era posible) las esposas á sus maridos y las hijas á sus padres.

Esta atrocidad, que primero supieron y oyeron después de viva voz á los que la habían sufrido, indignó á los magistrados y, sin pérdida de momento, hicieron volver á Astorre, siendo después condenado y amonestado. Buscáronse luego los bienes de los de Seravezza, y los que se pudieron encontrar los restituyeron á sus dueños; los demás fueron con el tiempo y de varias maneras indemnizados.

XXII. Por otra parte acusaban á maese Rinaldo de Albizzi de que hacía la guerra por conveniencia propia y no por utilidad del pueblo florentino; de que, desde que fué nombrado Comisario, había desaparecido de su ánimo el deseo de apoderarse de Luca, bastándole saquear la comarca, llenar sus posesiones de ganado y sus casas de botín, y de que, no bastándole las presas que por medio de sus satélites hacía para propia utilidad, compraba las de los soldados, de suerte que, de Comisario, se había convertido en mercader. Llegando estas calumnias á sus oídos, conmovieron su enérgico y altivo ánimo más de lo que á un hombre de su carácter convenía, y tanto le perturbaron que, indignado contra los magistrados y los ciudadanos, sin pedir licencia, ni esperar á que se le concediera, volvió á Florencia, presentóse ante los Diez, y dijo que sabía muy bien cuán difícil y peligroso era servir á un pueblo sin freno y á una República dividida en bandos, porque aquél acoge todo género de rumores, y ésta, persiguiendo las malas acciones, no premia las buenas y acusa por sospechas, tanto que al virtuoso nadie le elogia, y al que comete faltas todos le calumnian, persiguiendo á unos y otros, los partidarios suyos por envidia, los adversarios por odio. Sin embargo, jamás había dejado de hacer, por miedo á vanas calumnias, cuanto creía útil á su patria; pero la infamia de las actuales había acabado con su paciencia, haciéndole mudar de propósito. Rogaba, pues, á los magistrados que en lo sucesivo defendieran con más prontitud á sus conciudadanos, á fin de que éstos estuvieran también prontos á servir á la patria, y puesto que en Florencia no era costumbre concederles los honores del triunfo, al menos no se consintiera mancillarles con calumnias. Recordaba,

en fin, á los magistrados que, siendo ciudadanos de Florencia estaban expuestos á igual tratamiento y, si se les calumniaba, comprenderían lo que las calumnias ofenden á las personas dignas.

Los Diez procuraron, según las circunstancias, calmar á Rinaldo, y dieron la dirección de la guerra á Neri de Gino y á Alamanno Salviati quienes, prescindiendo de correrías por la comarca de Luca, se acercaron con el ejército á la ciudad, y como duraba aún el invierno, se establecieron en Capannole. Pareció á los Comisarios que allí se perdía el tiempo y quisieron estrechar el cerco de la ciudad; pero aunque los Diez ordenaban que sin excusa se organizara el sitio no quisieron obedecer los soldados, á causa del rigor de la estación.

XXIII (1430). Había en aquel tiempo en Florencia un eximio arquitecto, llamado Felipe Brunellesco, de cuyas obras está llena nuestra ciudad, tanto que por ello mereció se le erigiera á su muerte, en la principal iglesia de Florencia, una estatua de mármol con inscripción, que aun da testimonio, á quien la lee, de su genio.

Demostraba éste que, teniendo en cuenta la posición de Luca y la altura del lecho del río Serchio, podía ser inundada dicha ciudad, y tanto insistió en ello que los Diez ordenaron se hiciera la prueba. Esta sólo produjo el desorden en nuestro ejército y la seguridad del enemigo, porque los luqueses levantaron el terreno con un dique hacia la parte por donde hacían venir las aguas del Serchio, y una noche rompieron el canal que los sitiadores habían hecho para llevar el río, de suerte que las aguas contenidas hacia Luca por el dique, salieron por el rompimiento inundando la llanura, y las tropas, en vez de aproximarse á la plaza, viéronse obligadas á levantar el campo.

XXIV. Fracasado este intento, los Diez que de nuevo desempeñaban la magistratura nombraron Comisario á Juan Guicciardini quien, lo más pronto que pudo, acampó junto á Luca. El Señor de esta ciudad, viéndose en peligro, por consejo del sienés Antonio del Rosso, que era embajador de Siena cerca de él, envió á Silvestre Trenta y Leonardo Buonvisi, para pedir socorro al Duque de Milán y, encontrando éstos al Duque poco dispuesto á ello, le rogaron secretamente que les diera gente, porque le prometían, de parte del pueblo, entregarle preso á su Señor, y después la posesión de la ciudad, advirtiéndole que, si no aceptaba pronto este ofrecimiento, el Señor entregaría la ciudad á los florentinos, quienes, con grandes promesas, lo solicitaban.

El miedo que tuvo el Duque á que esto sucediera le hizo dejar á un lado toda consideración, y ordenó que uno de sus capitanes, el conde Francisco Sforza, le pidiera públicamente licencia para ir al reino de Nápoles. Obtenida, vino con sus tropas á Luca, aunque los florentinos, sabedores de estos manejos, y sospechando lo que sucedería, le enviaron, para disuadirle, á su amigo el conde Boccaccino Alamanni.

Llegado Sforza á Luca, retiróse el ejército florentino á Librafatta, y el Conde fué inmediatamente á acampar junto á Pescia, donde estaba de vicario Pagolo de Diaceto quien, tomando consejo del propio miedo, se refugió en Pistoia, y de no defender la ciudad Juan Malavolti, que la guarneecía, se hubiera perdido.

No pudiendo Sforza apoderarse de ella en el primer asalto, fué á Borgo Buggiano y lo tomó, y Stigliano, castillo próximo á aquél, lo quemó.

Al ver los florentinos este desastre, acudieron á los

remedios que muchas veces les habían salvado. Sabían que entre soldados mercenarios, donde no llega la fuerza llega la corrupción, y ofrecieron á Sforza dinero, no sólo para que se alejara, sino para que les entregara á Luca. Juzgando el Conde que no podría sacar mayor cantidad de Luca, fácilmente cambió de conducta y convino con los florentinos, no el entregarles Luca, porque no lo consentía su honor, sino abandonarla cuando le dieran cincuenta mil ducados.

Hecho este convenio, el conde Sforza, á fin de que los luqueses le excusaran con el Duque de Milán, ayudó al pueblo para expulsar á su Señor.

XXV. Estaba en Luca, según antes hemos dicho, maese Antonio del Rosso, embajador de Siena, quien, autorizado por el conde Sforza, convino con los ciudadanos la caída de Pagolo. Jefes de la conjuración fueron Pedro Cennami y Juan de Chivizzano.

Encontrábase el Conde acampado fuera de la ciudad, á orillas del Serchio, y vivía con él Lanzilao, hijo de Guinigi. Los conjurados, en número de cuarenta, armados y de noche fueron al palacio del Señor que, al oír el ruido, se presentó atónito ante ellos preguntándoles el motivo de la visita. Contestóle Pedro Cennami que hacía largo tiempo estaban gobernados por él, y que, rodeados de enemigos, veíanse expuestos á morir de hambre ó por la fuerza de las armas, por lo cual habían determinado gobernarse en adelante por sí mismos y, para ello, le pedían las llaves y el tesoro de la ciudad. Contestó Pagolo que el tesoro estaba agotado y que les entregaba las llaves y su persona, rogándoles se contentaran con ellas, y que su autoridad, empezada y continuada sin derramamiento de sangre, terminara de igual suerte.

Francisco Sforza envió á Pagolo Guinigi y á su hijo al Duque de Milán, y ambos murieron presos en este ducado.

La partida de Sforza libró á Luca del tirano y á los florentinos del temor al ejército de aquél, por lo cual los luqueses se prepararon á la defensa y éstos al ataque, habiendo elegido por capitán al conde Urbino, quien sitió de nuevo la ciudad y obligó á los luqueses á recurrir otra vez al Duque de Milán. Este, con el mismo pretexto que había enviado al conde Sforza, envió en su auxilio á Nicolás Piccinino.

Al venir Piccinino á Luca, saliéronle los nuestros al encuentro en las orillas del Serchio y, empeñado el combate en el paso de este río, fueron derrotados los florentinos, salvándose el Comisario con poca gente en Pisa.

Esta derrota contristó á Florencia, y como la guerra había sido emprendida por voto unánime de los ciudadanos, no sabiendo el pueblo á quién culpar, calumniaba á los que la dirigían, ya que no podía calumniar á quienes la acordaron, renovando las acusaciones que antes hizo contra Rinaldo de Albizzi. Más que ningún otro, era censurado Juan Guicciardini, diciendo que, al partir el conde Francisco Sforza, pudo terminar la guerra; pero que había sido ganado con dinero, enviando gruesa suma á su casa. Hasta decían quién la llevó y quién la recibió. Tanto cundieron estos rumores y estas acusaciones que el Capitán del pueblo, á impulsos de la opinión pública, y sobre todo de los enemigos de Guicciardini, le hizo comparecer ante él. Acudió Guicciardini indignadísimo, y sus parientes trabajaron tanto por su honra y la de su casa, que el Capitán desistió de la acusación.

Después de esta victoria, los luqueses recobraron su

territorio y además ocuparon la comarca del condado de Pisa, excepto Bientina, Calcinaja, Liorna y Librafatta (1433), y, si no se descubre una conjuración, tramada en Pisa, también se pierde esta ciudad.

Reorganizaron los florentinos su ejército, nombrando capitán á Micheletto, discípulo de Sforza.

Por su parte el Duque de Milán continuó la campaña, y, para combatir con mayor fuerza á los florentinos, hizo que los genoveses, sieneses y el Señor de Piombino se coaligaran para la defensa de Luca, y tomaran por capitán á Nicolás Piccinino, cosa que puso de manifiesto sus intenciones.

En vista de ello, los venecianos y florentinos renovaron la alianza y comenzó la guerra en Lombardía y en Toscana, librándose en ambos Estados diversos combates con éxito vario, hasta que, cansados unos y otros, ajustaron la paz en Mayo de 1433. Los florentinos, liguenses y sieneses se devolvieron mutuamente los castillos que habían ocupado, quedando cada cual con las posesiones que tenía antes de la guerra.

XXVI. Durante esta empresa fermentaban los rencores de los bandos dentro de la República, y Cosme de Médicis, después de la muerte de su padre Juan, atendía á los negocios públicos con mayor celo y estudio y más liberalidad con sus amigos de la que había mostrado su padre. Así, pues, los que por la muerte de Juan se alegraron, al ver las cualidades de Cosme se entristecían. Era éste prudentísimo, de grave y grata presencia, muy liberal, muy humano, que jamás intentó cosa alguna contra sus enemigos ni contra la República, que procuraba el beneficio de todos y, con su liberalidad, atraerse las simpatías del mayor número posible de ciudadanos. De esta

suerte su ejemplo era un cargo para los que gobernaban; esperaba con tal conducta vivir en Florencia tan tranquilo y seguro como el que más; y si sus ambiciosos adversarios le combatían apelando á recursos extraordinarios, ser superior á ellos por la fuerza y el número de sus partidarios.

Grandes instrumentos de su poder fueron Averardo de Médicis y Puccio Pucci. El primero con su audacia y el segundo con su prudencia y sagacidad le impulsaron á la grandeza y á las dignidades. Tan estimados eran el consejo y la opinión de Puccio, y tanto lo sabían todos, que no se denominaba al partido de Cosme con el nombre de éste, sino con el de Puccio.

Estaba así dividida Florencia, cuando comenzó la guerra contra Luca, con la cual, en vez de extinguirse, crecieron los rencores entre los bandos, y aunque el partido de Cosme era quien principalmente la había provocado, sin embargo, la dirigían con más frecuencia los del bando opuesto, por ser los hombres de más consideración de la República. No pudiendo impedirlo Averardo de Médicis y sus secuaces, procuraban con astucia é industria calumniar á los gobernantes. Si ocurría algún descalabro, y hubo muchos, no se atribuía á la fortuna ó á la fuerza del enemigo, sino á la poca prudencia del Comisario.

Esto hizo agravar las culpas de Astorre Gianni; esto produjo la indignación de Rinaldo de Albizzi y dejar el cargo sin licencia; esto ocasionó que el Capitán del pueblo llamara á su presencia á Juan Guicciardini; de aquí nacieron todas las censuras contra los magistrados y los Comisarios, porque se exageraban las faltas cometidas y se inventaban otras, y el pueblo, que no amaba á los acusados, creía las verdaderas y las falsas.

XXVII. No ignoraban Nicolás de Uzano y los otros jefes de su partido esta conducta y estos procedimientos de sus adversarios, y muchas veces habían tratado de poner remedio, sin encontrar el modo, por parecerles peligroso dejar crecer el daño y difícil evitarlo. Nicolás de Uzano era el primero en rechazar los recursos violentos; pero, viendo Nicolás Barbadoro la guerra en el exterior y tales discordias dentro de la ciudad, para inclinar el ánimo de Uzano á que consintiera en la pérdida de Cosme, fué á su casa, encontróle pensativo en su gabinete de trabajo y le exhortó, con las razones que creía más eficaces, á convenir con maese Rinaldo de Albizzi en el destierro de Cosme de Médicis. Respondió Uzano á este consejo: «Más valiera á ti, á tu familia y á nuestras República que tú y los que como tú opinan en este asunto tuvieran la barba de plata, y no de oro (1), como dicen que tú la tienes, porque, procediendo los consejos de cabezas canas y llenas de experiencia, serían más sensatos y más útiles para todos. Me parece que los que piensan desterrar á Cosme de Florencia deberían medir antes sus fuerzas y la que éste tiene. Llamáis á nuestro partido el de los nobles y al contrario el de la plebe; y aunque la verdad corresponda al nombre, la victoria en cualquier accidente sería dudosa, debiéndose más bien temer el conflicto que desearlo, y no olvidar que la plebe acabó con la antigua nobleza de esta ciudad.

»Nuestra situación es aún más peligrosa por estar desmembrado nuestro partido, y el contrario entero. En primer lugar, dos de los más principales de nuestros

(1) Juego de palabras por el apellido Barbadoro, Barba de oro.

conciudadanos, Neri de Gino y Nerón de Nigi, ninguna demostración han hecho para que se les pueda considerar más amigos nuestros que de ellos. Muchas familias y hasta muchas casas están divididas, porque no pocas, por envidias entre hermanos ó parientes, son contrarias á nosotros y partidarias de nuestros adversarios. Te recordaré los más notables, y de los otros tú te acordarás. De los hijos de Maso de Albizzi, Lucas, por envidia de Rinaldo, se ha afiliado al partido de los Médicis: en la casa de los Guicciardini, de los hijos de maese Luis, Pedro, enemigo de maese Juan, favorece á nuestros adversarios; Tomás y Nicolás Soderini nos hacen abiertamente la guerra por odio á su tío Francisco; de suerte que, bien considerado los que son ellos y somos nosotros, no sé por qué merezca nuestro partido, mejor que el contrario, llamarse el de los nobles. Si es porque le sigue toda la plebe, estamos por ello en peor condición que nuestros adversarios en el caso de venir á las manos, porque no podríamos resistirles.

»Si conservamos nuestras dignidades, es por la antigua consideración á este gobierno que se ha mantenido durante cincuenta años; pero si se llegara á la prueba y nuestra debilidad fuera descubierta, estaríamos perdidos.

»Si me dices que la justicia de nuestra causa aumentaría nuestro crédito y el miedo de nuestros enemigos, contestaré que esta justicia conviene que la crean y comprendan los demás como nosotros; pero sucede todo lo contrario, porque el motivo que nos impulsa es el temor de que Cosme de Médicis quiera proclamarse príncipe y soberano de la República. Esta sospecha nuestra no la tienen los demás, y, lo que es peor, nos acusan de lo mismo que á Cosme acusamos.

»Los actos que hacen á Cosme sospechoso son: servir á todos con su dinero, no sólo á los particulares, sino también al público; no sólo á los florentinos, sino también á los capitanes que prestan á sueldo sus servicios; favorecer á este ó aquel ciudadano que necesita pedir algo á los magistrados; valerse del crédito que su benevolencia le proporciona para elevar en posición ó dignidad á cualquier amigo suyo. No podríamos, pues, alegar para desterrarle otros cargos que los de ser compasivo, oficioso, liberal y amado de todo el mundo. Y dime, pues: ¿qué ley prohíbe, ó censura y condena en los hombres la piedad, la liberalidad ó el amor?

»Y aunque estos sean los medios ordinarios de cuantos aspiran á la tiranía, ni respecto de Cosme son creídos, ni nosotros tenemos autoridad para hacer que sean sospechados, porque nuestra pasada conducta nos ha hecho perder la confianza del pueblo, y Florencia, naturalmente entregada al espíritu de partido, porque así ha vivido siempre, no dará oídos á tal acusación.

»Pero supongamos que se logra desterrarle, cosa fácil teniendo á la Señoría propicia. ¿Cómo podríais impedir su vuelta, quedando aquí tantos amigos suyos con ardiente deseo de traerle? Siendo muchos sus amigos, y tan general la benevolencia que inspira, jamás estaríais seguros de este peligro. Cuanto mayor fuera el número de sus más conocidos é íntimos amigos que desterrarais, tantos más enemigos os procuraríais; de suerte que al poco tiempo volvería, y lo único conseguido por vosotros sería haberle desterrado siendo bueno y verle volver malo, porque su natural bondad la destruirían los que consiguieran traerle, á quienes, por agradecimiento, no podría oponerse.

»Aunque quisierais matarle, jamás lo conseguiríais legalmente, porque su dinero y vuestra corrupción le salvarán siempre.

»Pero supongamos que muera, ó que, desterrado, no vuelva: no sé que ganancia tendrá con ello nuestra República, porque si se libra de Cosme de Médicis, será sierva de Rinaldo de Albizzi. Yo soy de los que desean que ningún ciudadano, por su poder y autoridad, supere á los otros, y en el caso de que uno de los dos citados tuviera que prevalecer, no sé por qué razón había de preferir maese Rinaldo á Cosme.

»No te digo más, sino que Dios libre á Florencia de que alguno de sus ciudadanos llegue á ser príncipe; pero si, por nuestros pecados, lo mereciera, la guarde de tener que obedecer á maese Rinaldo.

»No insistas en aconsejar una determinación que por todas partes está llena de peligros; no creas poder, acompañado de pocos, oponerte á la voluntad de muchos; porque todos estos ciudadanos, unos por ignorancia, por malicia otros, están dispuestos á vender esta República, y la fortuna la es tan propicia que no han encontrado comprador. Sigue mi consejo; procura vivir modestamente; en cuanto á la libertad, ten las mismas sospechas de nuestro partido que del contrario, y cuando llegue un conflicto, viviendo neutral, por todos serás bien considerado. Así estarás tranquilo y no dañarás á tu patria.»

XXVIII. Estas palabras calmaron algún tanto el ardimiento de Barbadoro, quedando las cosas en tal estado mientras duró la guerra de Luca; pero, ajustada la paz, á la que siguió la muerte de Nicolás de Uzano, quedó la ciudad sin guerra y sin freno. Los odios de los partidos crecieron sin temor ni obstáculo. Rinaldo de Al-

bizzi, que se consideraba el único jefe del suyo, no cesaba de rogar y apremiar á todos los ciudadanos que creía podían llegar á ser Confalonieros para que se armasen y librasen á la patria del hombre que, por la malignidad de algunos pocos y la ignorancia de muchos, la llevaba á la servidumbre.

Esta conducta de maese Rinaldo y la de los que favorecían al partido contrario mantenían en la ciudad continua alarma. Cada vez que se nombraba un magistrado, decíase públicamente cuántos había de cada partido, y la excitación era general al elegir la Señoría. Los negocios que se llevaban al tribunal, aunque fueran insignificantes, convertíanse en motivo de disputa; publicábanse los secretos; lo mismo se favorecía ó combatía el bien que el mal, y lo mismo los buenos que los malos eran difamados. Ningún magistrado cumplía sus deberes.

Estaba Florencia en esta confusión, cuando maese Rinaldo, queriendo aminorar el poder de Cosme de Médicis, y sabiendo que Bernardo Guadagni podía ser Confaloniero, pagó lo que éste debía por contribuciones, para que sus deudas al Estado no le impidieran llegar á dicha dignidad. Cuando se procedió al sorteo para nombramiento de Señores, la fortuna, amiga de nuestras discordias, hizo que Bernardo resultara elegido Confaloniero para los meses de Septiembre y Octubre.

Fué maese Rinaldo inmediatamente á verle y le dijo cuánto se alegraba el partido de los nobles y los que deseaban vivir bien de que hubiese obtenido aquella dignidad, correspondiéndole obrar de suerte que esta alegría no resultara vana. Mostróle después los peligros de tan continuadas discordias, y que el único medio de restablecer la unión era acabar con la influencia de Cosme

de Médicis, porque sólo él, con los favores que sus inmoderadas riquezas le permitían dispensar, mantenía el desasosiego, habiendo llegado á tanta altura que, si no se ponía remedio, llegaría á ser príncipe; y como á todo buen ciudadano correspondía impedirlo, convocara él al pueblo en la plaza, reformara el gobierno y devolviera la libertad á la patria. Recordóle que maese Silvestre de Médicis pudo injustamente refrenar la grandeza de los güelfos que, por la sangre que sus antecesores habían derramado, tenían derecho á gobernar. Que lo que contra tantos se había hecho injustamente, bien podría hacerse justamente contra uno solo. Le aseguró que nada temiera, porque los amigos, armados, estarían dispuestos á ayudarle, y de la plebe, que adoraba á Médicis, no hiciera caso, porque no le defendería, como no defendió á Jorge Scali; ni le hicieran titubear sus riquezas, porque, cuando estuviera Cosme en manos de la Señoría, serían de ellos. Terminó declarando que esta empresa, siendo para él gloriosa, daría unidad y seguridad á la República.

Á estas razones respondió Bernardo brevemente, que juzgaba necesario hacer cuanto le decía; que era llegado el tiempo de obrar, y que estuviera dispuesto con sus fuerzas, porque estaba persuadido de que podría contar con sus colegas.

Tan pronto como Guadagni tomó posesión de su cargo, preparados los cómplices y convenido todo con maese Rinaldo, citó á comparecer ante su presencia á Cosme de Médicis, quien, á pesar de la opinión contraria de muchos de sus amigos, compareció, fiando más en su inocencia que en la misericordia de los Señores. Cuando Cosme llegó al Palacio y fué detenido, maese Rinaldo, con muchos hombres armados, salió de casa, y después

todo su partido, acudiendo á la plaza donde los Señores hicieron llamar al pueblo, y nombraron una *Balia* de doscientos hombres para reformar el gobierno de la ciudad. En esta *Balia* se trató, como permitían las circunstancias, de la reforma y de la vida ó muerte de Cosme de Médicis. Muchos querían que fuese desterrado; muchos, matarle, y otros muchos callaban, ó por compadecer á Cosme, ó por temor á los otros. Este desacuerdo no permitía tomar ninguna determinación.

XXIX. Hay en la torre del Palacio una habitación llamada Alberghettino, en la que fué encerrado Cosme, y confiada su guarda á Federico Malavolti. Oyendo desde esta estancia el ruido de las armas, las voces y el llamamiento á la *Balia*, empezó á temer por su vida, y sobre todo que sus enemigos personales acudieran á algún medio extraordinario para hacerle morir. Por ello se abstuvo de comer lo que le llevaban, tomando sólo en cuatro días un poco de pan.

Advirtiéndolo Malavolti y le dijo: «Sospechas, Cosme, ser envenenado, y te dejas morir de hambre. Lo que haces es poco honroso para mí, por suponer que pudiera prestarme á ejecutar tal infamia. No creo que corra peligro tu vida, teniendo tantos amigos dentro y fuera del Palacio; pero aunque fueras condenado á perderla, te aseguro que acudirían á otro medio que el de valerse de mí, como verdugo, para quitártela, porque no quiero mancharme las manos con sangre de nadie, y menos de la tuya, que jamás me ofendiste. Recobra, por tanto, la tranquilidad; toma la comida, y consérvate vivo para tus amigos y para la patria. Para que tu confianza sea completa, comeré contigo.»

Estas palabras animaron á Cosme, y con lágrimas en

los ojos abrazó y besó á Federico, agradeciéndole con fervorosas frases aquel rasgo de compasión y bondad, y prometiéndole grandísima prueba de gratitud, si la fortuna le proporcionaba ocasión de dársela.

Algo reanimado Cosme, y disutiendo los ciudadanos lo que debían hacer, ocurrió que Federico, por agradarle, convidó á cenar con ellos á un familiar del Confaloniero, llamado Farganaccio, persona alegre y bromista. Casi al terminar la cena, Cosme, que pensó aprovechar la venida de Farganaccio, porque le conocía muy bien, hizo señas á Federico para que saliese, y éste, comprendiendo el motivo, fingió ir por algo que faltaba para la cena, y les dejó solos.

Después de algunas frases afectuosas para Farganaccio, le dió Cosme una contraseña, y le dijo que fuera al director del hospital de Santa María la Nueva por mil cien ducados: cien para él, y mil para que los entregara al Confaloniero, y le rogase que, aprovechando una ocasión oportuna, viniera á hablarle. Aceptada la comisión, y hecha la entrega del dinero, Bernardo de Guadagni se humanizó, consiguiendo que Cosme fuera desterrado á Padua, contra el deseo de Rinaldo de Albizzi, que pedía su muerte. Fueron también desterrados Averardo y muchos otros de la casa de Médicis, y con ellos Puccio y Juan Pucci. Además, para asustar á los malcontentos por el destierro de Cosme, se dió el derecho de *Balia* á los Ocho de la guardia y al Capitán del pueblo.

Tomada esta determinación, Cosme de Médicis compareció ante los Señores el 3 de Octubre de 1433, anunciándole éstos el confinamiento, y aconsejándole obedecer, si no quería que contra él y contra sus bienes se procediera con más rigor.

Aceptó Cosme con aspecto de satisfacción la pena impuesta, asegurando que donde la Señoría le enviase iría de buen grado: suplicaba únicamente que, habiéndole perdonado la vida, se la defendieran, porque no dudaba que en la plaza había muchos sedientos de su sangre. Ofreció, por último, que en cualquier sitio donde habitara, su persona y bienes estarían al servicio de la ciudad, del pueblo y de la Señoría.

El Confaloniero le tranquilizó, túvole en el Palacio hasta la noche y, conduciéndole después á su casa, le hizo cenar con él. En seguida le dió numerosa escolta, que le acompañó hasta la frontera. En todo el camino recibió Médicis pruebas de consideración y afecto. Los venecianos le enviaron una visita á nombre de la República, no como á desterrado, sino como á persona de suprema dignidad.

XXX. Privada Florencia de un ciudadano tan ilustre y tan querido, vencidos y vencedores estaban temerosos.

Previendo Rinaldo de Albizzi su futura desgracia, pero resuelto á no faltar á lo que se debía y debía á su partido, reunió á muchos amigos suyos y les dijo: «que veía inevitable su ruina por haberse dejado vencer de las súplicas, lágrimas y dinero de sus enemigos, sin tener en cuenta que dentro de poco serían ellos los que tuvieran que rogar y llorar; que sus ruegos no serían escuchados, ni encontrarían quien de sus lágrimas tuviera compasión; que del dinero cogido, restituirían el capital y pagarían la usura con tormentos, muertes y destierros; que hubiera sido preferible dejar las cosas como estaban á perdonar la vida á Cosme y permitir á sus amigos estar en Florencia, porque á los hombres poderosos, ó no se

les ataca ó, de atacarles, hay que acabar con ellos; que no veía más recurso sino el de fortificarse en la ciudad, para que, cuando sus enemigos mostraran resentimiento, que pronto lo mostrarían, poder expulsarles por fuerza, puesto que no se les había expulsado por procedimientos legales; que el mejor remedio era el que tiempo atrás les propuso, y consistía en atraerse á los nobles, dándoles todos los cargos de la República, y apoyarse en este partido, como sus adversarios se apoyaban en la plebe. Con esto su partido adquiriría más consistencia, reuniendo mayor número de hombres de talento, valor y crédito.» Terminó declarando que si no se aceptaba este último y verdadero remedio, no veía modo alguno de sostener aquella situación contra tantos enemigos, pareciéndole inmediata la ruina del partido y de la ciudad.

Uno de los presentes, Mariotto Baldovineti, se opuso á esta medida, recordándoles la soberbia de los nobles y su carácter insufrible, y añadiendo que él no se sometería á esta tiranía cierta y positiva por evitar los dudosos peligros de la plebe.

Al ver maese Rinaldo desaprobada su opinión, quejóse de su desventura y de la de su partido, imputando todo lo que sucediera más al cielo, que así lo quería, que á la ignorancia y ceguera de los hombres.

Así las cosas, y sin tomar determinación alguna, fué hallada una carta, escrita por maese Agnolo Acciajuoli á Cosme de Médicis, en la que le refería las disposiciones favorables de la ciudad á su persona y le aconsejaba provocar alguna guerra y hacerse amigo de Neri de Gino, porque creía que, si la ciudad necesitaba dinero, no encontraría quien se lo diera y, acordándose de él los ciudadanos, desearían su regreso. Además, si Neri se

separaba de maese Rinaldo, su partido quedaría tan debilitado, que no tendría fuerzas para defenderse.

Los magistrados, al conocer esta carta, mandaron prender á maese Agnolo, sometieronle á un interrogatorio y le desterraron. Este ejemplo contuvo en parte la opinión favorable á Cosme de Médicis.

Hacia ya cerca de un año del destierro de Cosme, y llegado el fin de Agosto de 1434, fué nombrado Confaloniero por los dos meses siguientes Nicolás de Cocco (Donati), y al mismo tiempo ocho para formar parte de la Señoría, partidarios todos de Cosme, de suerte que la nueva Señoría asustó á Rinaldo de Albizzi y á todo su partido.

Como entre la elección de los nuevos Señores y la toma de posesión de sus cargos mediaban tres días, durante los cuales no ejercían autoridad, Albizzi reunió á los principales de su partido, les advirtió el seguro é inmediato peligro y les dijo que el único remedio era tomar las armas y hacer que Donato Velluti, que era aún Confaloniero, reuniera al pueblo en la plaza; hiciera nueva *Balía*; privara de sus cargos á los Señores recién elegidos; creara otra Señoría á gusto del gobierno; quemara las bolsas donde estaban los nombres de los sorteables, y, con nuevo escrutinio, las llenara con nombres de amigos.

Esta medida parecía á muchos segura y necesaria, á otros demasiado violenta y ocasionada á atraerse el odio de los ciudadanos. Entre aquellos á quienes desagradó, estaba Palla Strozzi, que era hombre pacífico, bondadoso y humano, y más á propósito para el estudio de las letras que para refrenar los impetus de un partido y contener las discordias civiles. Dijo que los medios de la audacia ó de la astucia parecían buenos al principio, pero

al ejecutarlos resultan difíciles, y en sus resultados funestos. Que, en su opinión, el temor de nueva guerra exterior estando el ejército del Duque de Milán en la Romaña, esto es, en los límites de la república florentina, haría que los Señores pensaran más en este peligro que en las discordias intestinas; que si se veía que querían alterar el orden interior de las cosas (lo que no podrían hacer sin que se supiera), siempre se estaría á tiempo de empuñar las armas y hacer cuanto fuera preciso para la común salvación, lo cual, ejecutado por necesidad, admiraría menos al pueblo y sería para ellos de menos responsabilidad.

Convínose, pues, en que se dejara tomar posesión á los nuevos Señores, se vigilaran sus actos, y que, á la primera tentativa contra el partido de Albizzi, cada cual empuñara las armas, reuniéndose en la plaza de San Pulinari, sitio próximo al Palacio, para ir desde allí á donde pareciese necesario.

XXXI. Contraído este compromiso, se separaron. Los nuevos Señores tomaron posesión de sus cargos, y el Confaloniero, para hacerse respetar é infundir miedo á los que intentaran oponérsele, condenó á prisión á Donato Vellutti, su predecesor, como culpado de haberse aprovechado de fondos públicos.

Hecho esto, sondeó el ánimo de sus colegas para permitir á Cosme de Médicis volver á Florencia, y encontrándolo favorable, habló de ello con los que creía jefes del partido de los Médicis. Excitado por éstos, citó ante su tribunal á Rinaldo de Albizzi, Ridolfo Peruzzi y Nicolás Barbadoro, que eran los principales del partido opuesto.

Hecha la citación, juzgó maese Rinaldo que no con-

venían más dilaciones, y salió de su casa con gran número de gente armada, uniéndose inmediatamente á él Ridolfo Peruzzi y Nicolás Barbadoro. Seguíanles muchos ciudadanos y bastantes soldados que se encontraban en Florencia sin sueldo, reuniéndose todos, según estaba convenido, en la plaza de San Pulinari. Maese Palla Strozzi, aunque había reunido bastante gente, no salió de su casa, y lo mismo hizo Juan Guicciardini, por lo que Rinaldo envió á algunos para que apresuraran su salida, reprendiéndoles la tardanza. Maese Juan respondió que bastante guerra haría al partido enemigo consiguiendo, con quedarse en casa, que su hermano Pedro no saliera á socorrer el Palacio. Maese Palla, después de muchas embajadas, vino á San Pulinari á caballo, con dos de á pie, y desarmado. Rinaldo de Albizzi le salió al encuentro, censuró enérgicamente su negligencia, y le dijo que el no acudir con los demás de su partido procedía de escasa fe ó de poco valor, y que cualquiera de estos dos cargos debía evitarlos quien quisiera gozar de la consideración que á él se tributaba; que si creía que, faltando á su deber frente á los enemigos, al ser éstos vencedores le perdonarían la vida ó el destierro, se engañaba; que, en cuanto á él, si ocurría alguna desdicha, quedaría tranquilo por no haber faltado antes del peligro con el consejo, y en el peligro con la fuerza; mientras Palla y los otros de su carácter verían redoblar sus penas al comprender que habían hecho traición á su patria tres veces: una cuando salvaron á Cosme, otra cuando no aprobaron sus consejos, y la tercera ahora, por no empuñar las armas.

No respondió Palla nada que oyesen los circunstancias; murmuró algunas palabras, volvió el caballo, y se dirigió á su casa.

Al saber los Señores que Rinaldo de Albizzi y su partido habían tomado las armas, viéndose desamparados, mandaron cerrar el Palacio, privados de todo consejo, y sin saber qué resolver. Pero tardando maese Rinaldo en ir á la plaza, por aguardar las fuerzas que no llegaron, perdió la ocasión de vencer, y dió tiempo á la Señoría para proveer á su seguridad y á muchos ciudadanos para que fuesen á ella, y le aconsejaran los medios de obligar á Albizzi á deponer las armas.

Fueron algunos de los menos sospechosos á maese Rinaldo, de parte de la Señoría, diciéndole que ésta ignoraba el motivo de la sublevación, y que jamás había pensado en ofenderle; que si se había hablado de Cosme, no se pensaba en que volviera á Florencia y, si esta era la causa de sus sospechas, le darían seguridades, rogándole que fuera al Palacio, donde sería bien recibido y complacido en cuanto pidiese.

Estas palabras no hicieron mudar de propósito á maese Rinaldo, respondiendo que quería para su seguridad privar de sus cargos á los Señores y reorganizar después el gobierno en beneficio de todos.

Siempre sucede que, cuando la autoridad la ejercen varios y las opiniones son diversas, por acaso se resuelve bien alguna cosa. Ridolfo Peruzzi, al oír á aquellos ciudadanos, dijo que, por su parte, lo único que deseaba era que Cosme de Médicis no volviera á Florencia y, conseguido esto, parecía suficiente la victoria; no queriendo, para obtenerla mayor, llenar la ciudad de sangre; por tanto, estaba resuelto á obedecer á la Señoría. Dirigióse en seguida con su gente al Palacio, donde fué recibido con regocijo.

El tiempo perdido por maese Rinaldo en San Pulinari

nari, el poco ánimo de maese Palla, y la partida de Ridolfo, privaron á Albizzi de la victoria en esta empresa, empezando á faltar á los ciudadanos que le seguían el calor con que acudieron. Añadióse para su daño la autoridad del Papa.

XXXII. Expulsado de Roma por el pueblo, encontrábase en Florencia el papa Eugenio, quien, al oír el desorden, y por creer propio de su misión restablecer la paz, envió al patriarca Juan Vitelleschi, muy amigo de maese Rinaldo, para rogar á éste que se presentara al Pontífice, prometiéndole que no había de faltarle influencia con la Señoría á fin de que quedara satisfecho y seguro, sin daño ni sangre de los ciudadanos.

Cedió maese Rinaldo á las persuasiones de su amigo; fué con todos los hombres armados que le seguían á Santa María Novella, donde vivía el Papa, y éste le dijo que la Señoría le autorizaba para terminar aquel conflicto, y que se ordenarían las cosas como él quisiese cuando depusiera las armas.

Rinaldo de Albizzi, vista la frialdad de maese Palla y la ligereza de Ridolfo Peruzzi, á falta de mejor partido, se echó en brazos del Papa, creyendo que su autoridad le preservaría de todo daño. El Papa ordenó á Nicolás Barbadoro, y á los demás que fuera le esperaban, que depusieran las armas, porque maese Rinaldo quedaba con el Pontífice para tratar el acuerdo con los Señores, cuya orden todos obedecieron y se separaron.

XXXIII. Viendo la Señoría desarmados á sus adversarios, dilató las negociaciones para el acuerdo por medio del Papa y, entretanto, envió secretamente á la montaña de Pistoia por infantería, haciéndola venir de noche á Florencia con toda su gente de armas. Tomados

los sitios fuertes de la ciudad, convocó al pueblo en la plaza y fué creada nueva *Balia* que, tan pronto como se reunió, autorizó la vuelta á la patria de Cosme de Médicia y de los demás que, con él, habían sido desterrados. Del partido enemigo desterró á Rinaldo de Albizzi, Ridolfo Peruzzi, Nicolás Barbadoro y Palla Strozzi, y otros muchos ciudadanos, en tan gran número, que pocas ciudades hubo en Italia que no fueran albergue de desterrados, y aun algunas de fuera de Italia se vieron llenas de ellos, quedando privada Florencia, por este suceso, no sólo de muchos hombres de bien, sino también de riqueza y de industria.

Viendo el Papa sufrir tauto desastre á aquellos que, por sus ruegos, habían depuesto las armas, tuvo grandísimo pesar, doliéndose con maese Rinaldo de la injuria que padecía por haber fiado en su palabra, y exhortándole á tener paciencia y esperar en los cambios de la fortuna, á lo cual respondió Rinaldo:

«La poca fe que me prestaron los que debían creerme, y la demasiada que yo os he tenido, han arruinado á mi partido y á mí; pero me quejo más de mí mismo que de ningún otro, por haber creído que vos, expulsado de vuestra patria, podríais mantenerme en la mía. Del juego de la fortuna tengo bastante experiencia; y como he confiado poco en la prosperidad, la adversidad me ofende menos, pues sé que, cuando le plazca, se me mostrará menos adusta. Pero aunque así no fuera, siempre estimaré en poco vivir en una ciudad donde las leyes pueden menos que los hombres; porque se desea la patria donde los bienes y las amistades se pueden gozar tranquilamente, pero no la en que con facilidad pueden quitarse aquéllos, y los amigos, por miedo de perder los suyos,

en la mayor necesidad nos abandonan. Siempre fué menos doloroso á los hombres sensatos y buenos oír los males de su patria que verlos, y es más glorioso ser rebelde digno que ciudadano esclavo.»

Separóse del Papa lleno de indignación y, acordándose repetidas veces de sus consejos y censurando la frialdad de sus amigos, se fué al destierro.

Cosme de Médicis, al saber que habían levantado el suyo, volvió á Florencia, y rara vez ocurre que un ciudadano, entrando triunfante en su patria después de una victoria, sea recibido por tanta muchedumbre de pueblo y con tantas demostraciones de cariño como se tributaron á Médicis al volver del destierro, pues todos voluntariamente le proclamaron bienhechor del pueblo y padre de la patria.

CAPITULO V.

SUMARIO.

I. Vicisitudes que los gobiernos sufren por la continua mutación propia de las cosas humanas.—II. Estado de los negocios en Italia. Ejércitos de Braccio y de Sforza (1434). Únense en daño del Papa, á quien los romanos expulsan de Roma. Francisco Sforza se pone de acuerdo con el Papa.—III. Guerra entre el Duque de Milán y el Papa. Únense á éste los florentinos y los venecianos.—IV. Vuelto Cosme de Médicis del destierro, su partido, creciendo en poder y osadía, tiraniza al bando contrario.—V. Muere Juana II, reina de Nápoles, y disputanse el reino Renato de Anjou y Alfonso de Aragón. Vencen á Alfonso los genoveses y le entregan al Duque de Milán, de quien llega á ser amigo, obteniendo su libertad (1435).—VI. Bandos de los Fregosos y de los Adornos en Génova.—VII. Por intrigas de Francisco Sforza expulsan los genoveses al Gobernador puesto por el Duque de Milán.—VIII. Pactan liga con los florentinos y los venecianos contra el Duque. Rinaldo de Albizi y otros desterrados florentinos persuaden al Duque para que declare la guerra á Florencia.—IX. Envía el Duque de Milán á su capitán Nicolás Piccinino contra los florentinos (1436).—X. Sforza, capitán de los florentinos, derrota á Piccinino junto á Barga, después se dirige contra Luca (1437), á donde acude en auxilio el Duque de Milán.—XI. Los florentinos van contra Luca, abandonada por el Duque de Milán.—XII. Vuelve el Duque contra los florentinos.—XIII. Mala fe de los venecianos con los floren-